



La Santa Sede

CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA EN CONMEMORACIÓN DE PABLO VI

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Basílica de San Pedro

Domingo 16 de septiembre de 1979

1. En el Evangelio de hoy San Marcos refiere el mismo acontecimiento que describe San Mateo en capítulo 16. En las cercanías de Cesarea de Filipo Jesús pregunta a los discípulos: "¿Quién dicen los hombres que soy yo?" (Mc 8, 27). Después de las diversas respuestas, Pedro toma la palabra y dice: "Tú eres el Cristo" (8, 29) (que quiere decir "el Mesías"). En el Evangelio de San Mateo la respuesta es: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16). Después sigue la bendición dirigida a Pedro con motivo su fe, y la promesa que comienza con las palabras: "Tú eres Pedro" (piedra, roca) (16, 18). Texto sublime que todos sabemos de memoria.

En la redacción de San Marcos, en cambio, inmediatamente después de la confesión de Pedro "Tú eres el Cristo", Jesús pasa al anuncio de su muerte: "Era preciso que el Hijo del hombre padeciese mucho... y que fuese muerto y resucitara después de tres días" (8, 31). Y entonces Pedro, como leemos, "se puso a reprimirle" (8, 32). Según San Mateo, esta reprensión decía: "No quiera Dios, Señor, que esto suceda" (16, 22). *Pedro no quiere* que Cristo hable de la pasión y de la muerte. No es capaz de aceptarlo con su corazón que ama de modo humano. Quien ama quiere preservar del mal a la persona amada, incluso en el pensamiento y en la imaginación. Sin embargo, *Cristo reprende a Pedro*, le reprende severamente. Esta reprensión que encontramos en el Evangelio de hoy de San Marcos es todavía más significativa en el texto de San Mateo, por el contraste de las palabras precedentes, con las que Cristo había bendecido a Pedro y le había anunciado su primado en la Iglesia. Precisamente *el primado* es el que no permite sustraerse al misterio de la cruz, no permite alejarse, ni siquiera un ápice, de su realidad salvífica.

2. Nos hemos reunido hoy en la tica de San Pedro para conmemorar el primer aniversario de la muerte del Papa Pablo VI. Ya lo hicimos el mismo día del aniversario: el 6 de agosto, en la fiesta

de la Transfiguración del Señor, en esa casa de Castelgandolfo, donde, hace un año, él terminó su jornada terrena.

Hoy lo hacemos de modo solemne en la Basílica Vaticana, donde descansan, desde hace ya más de un año, en la cripta, los restos mortales del gran Papa. *Su grandeza encuentra el fundamento en el misterio de la cruz de Cristo*. Como sucesor de Pedro, él aceptó esa bendición y todo el contenido de la promesa mesiánica, que había sido pronunciada en la región de Cesarea de Filipo, y aceptó en toda su plenitud el misterio de la cruz. Llevó esta cruz no sólo en sus manos, caminando, todos los años, sobre las huellas del Vía Crucis, en el Coliseo romano. La llevó dentro de sí, en su corazón, en toda su misión: "...no quiera Dios que me gloríe sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo" (*Gál 6, 14*). Estas palabras del Apóstol, cuyo nombre había tomado el año 1963 al comienzo del pontificado, han sido confirmadas por toda su vida. *Pablo VI: apóstol del Crucificado, igual que lo fue Pablo Apóstol*. Y lo mismo que Pablo Apóstol, él hubiera podido completar esa confesión de gloriarse en la cruz de Cristo, diciendo "por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo" (*ib.*). Y quizá estas palabras constituyen una clave esencial para comprender la vida de Pablo VI igual que la ha constituido para comprender la vida y la misión de San Pablo.

3. La cruz, tal como insinúan en la liturgia de hoy el profeta Isaías y luego el salmo 114 (115), tiene una dimensión interior, y Pablo VI ha conocido esta dimensión interior de la cruz. Ciertamente, no estuvo exento de "insultos" y "salivazos" (cf. *Is 50, 6*) que sufrió como maestro y servidor de la verdad. Ciertamente, su alma no estuvo exenta de esa "tristeza y angustia" (*Sal 114 [115], 3*) de las que habla el salmista. *Tristeza y angustia*, que *nacen del sentido de responsabilidad* por los valores más santos, por la gran causa que Dios confía al hombre, sólo pueden ser superadas en la oración; sólo pueden ser superadas con la fuerza de la confianza sin límites: "El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo; el Señor guarda a los sencillos: estando yo sin fuerzas me salvó" (*Sal 114 [115], 5-6*). Pablo VI era el hombre de esta profunda, difícil —y justamente por esto— *inquebrantable confianza*. Y gracias a ella precisamente, él era la piedra, la roca sobre la que se edificaba la Iglesia en este período excepcional de grandes cambios después del Concilio Vaticano II.

Respondía a las pruebas interiores y exteriores de la Iglesia con esa inquebrantable fe, esperanza y confianza, que hacían de él *el Pedro de nuestro tiempo*. La gran sabiduría y la humildad acompañaron esta fe y esta esperanza y le hicieron precisamente tan firme e inflexible.

4. Nos enseñaba con la palabra y con las obras esa fe salvífica, de la que habla hoy Santiago en la segunda lectura de manera tan convincente: "La fe, si no tiene obras, es de suyo muerta" (*Sant 2, 17*). Pablo VI nos enseñaba, pues, *la fe viva*; enseñaba a toda la Iglesia la vida de la fe a medida de nuestra época. ¿Qué otra cosa, sino esta enseñanza de fe viva unida a las obras, son sus grandes Encíclicas, especialmente la "*Populorum progressio*" y, en otra dimensión, la "*Humanae vitae*"? Esto hoy se comprende quizá mejor que no hace diez años. *La coherencia*

entre la fe y la vida debe rezumar de cada una de las obras. Debe manifestarse en cada uno de los campos de nuestro obrar.

5. Sería difícil no hacer oír, con ocasión de este recuerdo del gran Papa, *su voz*, no hacer escuchar sus palabras, siempre tan llenas de fe y de caridad.

«Ante la muerte y la separación total y definitiva de la vida presente, siento el deber de celebrar el don, la fortuna, la vida presente, el destino de esta misma existencia fugaz: Señor, te doy gracias porque me has llamado a la vida, y aún más todavía, porque haciéndome cristiano me has regenerado y destinado a la plenitud de la vida... Ahora que la jornada llega al crepúsculo y todo termina y se desvanece esta estupenda y dramática escena temporal y terrena, ¿cómo agradecerte, Señor, después del don de la vida natural, el don muy superior de la fe y de la gracia, en el que únicamente se refugia al final mi ser?... Cierro los ojos sobre esta tierra doliente, dramática y magnífica, implorando una vez más sobre ella la Bondad divina» (*Testamento: Pablo VI, Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1978, páginas 259-262).

6. Escuchándole hoy, a poco más de un año de su muerte, tenemos aún en los ojos esa separación. Se marcha fatigado y *deja* detrás de sí una *gran herencia*. La muerte lo separa de los problemas de esta tierra, del ministerio de esta Sede. Parece decir, como en otro tiempo dijo Pedro: "Señor..., mándame ir a ti" (*Mt* 14, 28). Y el Señor le deja ir a El.

Todos nosotros que participamos en este sacrificio eucarístico para encomendar al Eterno Padre el alma de Pablo VI, *damos gracias por todo* lo que ha hecho y todo lo que ha sido para la Iglesia. "Bienaventurado tú, Simón Bar Jona" (*Mt* 16, 17).